

SAN MARTIN

Indefinible emoción embarga mi alma frente a este magnífico cuadro, que por deseo de mi patria, se cumple con la solemnidad de los grandes episodios nacionales.

Ha de ser como ayer en los Andes el cielo mudo testigo de nuestro común orgullo y de la marcha triunfal de los pueblos que se levantan para borrar con un gesto de dignidad los encontrados caminos de su historia.

Cobra significado y asume proporciones de gran solemnidad este acto en un momento especial, en que sobre las ventajas materialistas se presentan immaculados los valores del espíritu de la hidalguía, de la raza, porque las calidades del espíritu llenan los claroscuros inescrutables de equivocados designios.

En el silencio de las noches septembrinas se oirá todavía desde todos los rincones, el eco lejano de un suave palpitar, de los corazones que se desprenden de un pedazo de historia, para entregarlas con desinterés y sin malicia a su hija predilecta.

Nos encontramos acá reunidos para renovar hoy como ayer, con el mismo fervor patriótico de siempre, el homenaje de nuestra conmovida gratitud, hacia el General Don José de San Martín y hacia sus progenitores, que le dieron el ser sin sospechar siquiera el glorioso destino que le estaba reservado al Libertador de medio Continente Americano.

La sola enunciación de su nombre eleva el pensamiento, inunda el espíritu de santo fervor patriótico y a su conjuro acuden presurosos agolpándose en la mente viejos nombres al parecer olvidados: Yapeyu y San Lorenzo, Chacabuco y Maipú, El Callao y Guyaquil; no son sino otros fastos de la cronología de la liberación americana que hablan al mundo con hartura, de su esfuerzo, su talento, su valor y la pureza de su gloria.

Aquel hombre a quién nuevos horizontes adentráronsele por sus ojos oscuros del color de la tierra que le viera nacer, otros trinos y otros acentos percibió su oído, pero, sin embargo, guardo siempre patente en su alma el desvaído recuerdo de la patria lejana. El no había hecho sino nacer en el suelo de América, pero su organización moral, semejante a esas robustas semillas que no se desvirtúan bajo ningún clima, llevaba en sus entrañas el germen de su más ardiente y exaltado americanismo “Ha dicho de él Vicuña Mackenna”

El momento es agosto y solemne! Estamos en presencia del Luto y de la Gloria!

Hay acentos de bronca en el cielo de América campanas que doblan ante la adusta severidad de la muerte, clarines que resuenan con dianas jubilosas, ante la majestad de la gloria!

¡Y se oyen graves cantos de réquiem y triunfales clamores de hosanna, y como un gemido de cipreses rozados por las alas de los vientos y como un rumor de palmas y laureles en la ovación de la victoria!

¡El luto y la gloria! Luto que sobrecoge al ánimo, como la noche quieta y oscura pablada de silencios y de sombras, gloria que exalta al espíritu, como la noche misma cuando sobre su manto derrocha fulgores la Cruz del Sur!

Las sacras reliquias mortales del General San Martín descansan sobre el corazón de la bandera, sobre el sol que encendió sobre el pabellón patria que forjó con gloria de su sangre viva.

Lo queremos tener con nosotros, porque los argentinos apoyamos, sobre la tumba de nuestros muertos, las columnas monolíticas que sostiene la estructura y la grandeza de nuestra patria.

Hoy lo alumbramos con la lámpara de nuestra veneración, porque sabemos que los pueblos que no honran a sus glorias no son dignos de haberlas heredado.

Los queremos tener con nosotros para ejemplo y estímulo de las juventudes argentinas y para que vean los padres, los hijos que nuestra patria necesita. La

gloria de nuestra tierra radica en haber formado, padres capaces de engendrar tal hijo. Agrupados como hermanos en torno a su figura, el corazón vibra de satisfacción y entusiasmo contemplando la concordia americana y ansía proclamara para robustecerla más, la unidad de miradas y sentimiento y de afecto concordial de los pueblos del continente; unidad indispensable para el bienestar y la dicha de nuestras naciones de América y del mundo.